

**GARCÍA DE CORTÁZAR, José A. y TEJA, Ramón (coords.), El monacato espontáneo: eremitas y eremitorios en el mundo medieval. Aguilar de Campoo, Fundación Santa María La Real-Centro de Estudios del Románico, 2011. 231 pp. ISBN: 978-84-89483-73-6.**

Los Seminarios de Historia del Monacato que, cada verano, se celebran en la localidad palentina de Aguilar de Campoo desde hace ya 24 años, se han convertido en un referente clásico e imprescindible para un mejor conocimiento de las realidades monásticas de nuestra Edad Media.

Es evidente que la labor de los profesores Teja y García de Cortázar, así como de la propia Fundación Santa María la Real, es clave en la consolidación, variedad temática y repercusión que tiene este seminario con la continua y puntual publicación de sus actas.

La XXIV edición se centró en el interesante y, a la vez, complejo mundo del eremitismo y anacoretismo. El empleo de estos dos términos, tantas veces tenidos por sinónimos, no es, en absoluto, producto de la acumulación fácil de palabras sino que tiene que ver con una distinción de partida que casi todos los autores que han participado en el volumen han intentado dilucidar.

De entrada, podría sorprender la elección del tema para unas jornadas dedicadas a la historia del monacato. Y es que ermitaños y anacoretas han sido vistos, históricamente, como elementos antagónicos con el ideal monástico. Sin embargo, y así queda patente en buena parte de los trabajos aquí reunidos, el eremitismo estuvo siempre muy relacionado con lo cenobítico. Ya fuera por rechazo, por proximidad sin confusión o por constituir, determinados modos de vida comunitaria, el primer escalón de un *cursus honorum* espiritual que culminaría, precisamente, en el aislamiento, casi nunca total, de estos “monjes espontáneos” Por no hablar de aquellos monasterios que nacen a partir de una empresa de naturaleza más o menos anacorética.

Como el resultado de unas jornadas que se quieren interdisciplinarias, el volumen resultante presenta siete trabajos enfocados desde prismas diferentes. Dos de los artículos se abordan desde el punto de vista del historiador, uno opta por el planteamiento arqueológico, otro está centrado en el estudio de algunos testimonios literarios hispanos, quedando los tres restantes a cargo de sendos historiadores del arte. Los trabajos elaborados desde la perspectiva histórico-arqueológica se centran en la Antigüedad tardía o Alta Edad Media, mientras que la mayoría de los que se abordan desde el ámbito artístico-literario se ocupan del período bajomedieval. Un mayor equilibrio entre enfoques y períodos cronológicos quizá podría haber redundado en un volumen aún más logrado.

La obra se abre con el trabajo que Ramón Teja y Silvia Acerbi dedican a los orígenes del fenómeno eremítico. Se valen, para ello, del trabajo directo con las fuentes hagiográficas, todas ellas orientales, que pueden considerarse como fundacionales de este fenómeno. La fusión con la naturaleza y la fascinación por el desierto devienen en tópico común de los ejemplos estudiados. En línea con lo anterior, los Padres del Desierto optan por la desnudez física y la desnudez alimentaria. La huída de la civilización, objetivo claramente presente en lo ya comentado, lleva a muchos a moverse permanentemente en busca del lugar más conveniente para el desarrollo pleno de sus ideales. Pese a ello, los autores señalan que, aún en estos ejemplos, es muy difícil encontrarse con casos de anacoretismo absoluto, predominando lo que podría denominarse semianacoretismo.

La vida de San Antonio, modelo a seguir por los primeros eremitas, es también un ejemplo de la continua movilidad a la que nos referimos más arriba. El trabajo de Miguel Cortés estudia estos cambios de residencia antonianos. Su movilidad se acompaña de una continua adaptación o creación de espacios de habitación, alrededor de los que van surgiendo nuevas vocaciones anacoréticas, más bien semianacoréticas, o ya cenobíticas. Cortés traza una tipología de los diferentes estilos de vida eremíticos, más enjundiosa y rica de lo que pudiera previamente pensarse, así como una serie de datos y reflexiones sobre las peregrinaciones que surgen al compás de este fenómeno.

Pablo C. Díaz es uno de los autores que más ha trabajado, en los últimos años, a propósito de la *Hispania* visigótica o, más recientemente, de la *Gallaecia* sueva, prestándole, como no podía ser de otro modo, atención especial a los fenómenos eclesiales y religiosos. Su aportación se centra en el análisis de Valerio del Bierzo, uno de los casos más conocidos de eremitismo hispano. Ayudado por la insólita autobiografía de Valerio, Díaz traza el recorrido vital y religioso-institucional de este, sin duda, hombre de vida exagerada. Otra vez, vemos una combinación de eremitismo más o menos puro, con el que Valerio comienza su experiencia religiosa, lo que es señalado por el autor como caso atípico, pasando por acercamientos al mundo de las iglesias propias, para acabar viviendo como eremita pero en la proximidad física, y quizá no sólo ello, de un cenobio a cuyo estilo de vida y protagonistas dedica páginas que oscilan entre la indiferencia y la más ácida de las críticas.

El cuarto texto es de la autoría de Francisco Moreno Martín. Es el único de los trabajos que tiene el registro arqueológico como principal referencia. Es ésta una cuestión de singular valor ya que hay unanimidad al señalar que las fuentes escritas que han llegado hasta nosotros desde el mundo del eremitismo, son escasas y complejas, en especial para el período altomedieval, que es el que estudia este autor. Esto convierte la información arqueológica en una de las claves esenciales para proceder a nuevos planteamientos e informaciones acerca del monacato espontáneo.

Se trata de un trabajo interesante, bien planteado y con una metodología coherente. Una de las principales tesis del mismo es la negación a la, tantas veces planteada, relación inevitable del eremitismo y el trogloditismo. No siempre se puede constatar dicha relación y, además, cuando se acredita suele ocurrir que, de nuevo, nos topemos más con la variante cenobítica del ascetismo que con cualquier otra realidad.

Siendo un trabajo de evidente interés hay una serie de cuestiones que sorprenden un tanto. La bibliografía empleada es casi únicamente de perfil arqueológico. Si bien, como se acaba de comentar, ésta es imprescindible, en modo alguno puede convertirse en ámbito de perspectiva única. Lo cierto es que Moreno le presta muy escasa atención a las aportaciones que, desde el campo de la historia o desde la filología, se han dado a este tema. Resulta llamativo que no se haga eco, por ejemplo, de los trabajos del propio Pablo C. Díaz, por no hablar del olvido de algunos textos de Díaz y Díaz, básicos para el estudio de la religiosidad anacorética del período por él estudiado.

Algo semejante ocurre cuando trata, si bien de pasada y sin dedicarle mucha atención, a la famosa capilla de San Miguel perteneciente al monasterio de Celanova. El autor desconoce, o no cita, la amplísima bibliografía publicada sobre este monumento y su posible función. De haberla conocido es posible que matizase un tanto su propuesta de ver dicha capilla como espacio de puntuales retiros ascéticos de San Rosendo de los que, por otra parte, nada sabemos.

Fernando Baños analiza la figura del ermitaño en la literatura medieval española. Divide su estudio en siete variantes, no todas detectables fuera del campo literario: es el caso de la mujer que se traviste de hombre para llevar vida religiosa solitaria o el del ermitaño como instructor de caballeros. Se detiene, también, en el caso de las emparedadas a las que, quizás, convendría haberles dedicado una mayor atención en un volumen como éste. El texto de Baños es prolijo en citas literarias sobre el tema, algo siempre útil para el investigador.

Fernando Gutiérrez hace algo semejante pero centrado en el arte medieval hispano. Su atención se fija, preferentemente, en las representaciones pictóricas de los siglos XIV y XV, reflejo del rebrote eremítico de la última Edad Media, por otra parte, apenas tratado en este libro.

Gutiérrez distingue cuatro rasgos característicos en la imagen plástica del ermitaño: desprendimiento del mundo, comunión con la naturaleza (como ocurría con los pioneros Padres del Desierto), intensidad de su experiencia religiosa y, por último, presencia perturbadora de otros individuos. Para acabar se detiene, demoradamente, en el análisis, a medias textual a medias iconográfico, de los cuatro santos ermitaños que él considera como más populares en el medioevo hispano: San Antonio (con comentarios de gran interés sobre la evolución de la figura y consideración de este santo), San Onofre, María Magdalena y Santa María Egipciaca.

Cierra el volumen Isidoro Bango con un sólido trabajo en el que analiza la evolución de San Millán, desde el eremitorio inicial al monasterio benedictino. Bango trabaja con textos hagiográficos, en especial la *Vita Emiliani* de Braulio de Zaragoza, con poemas de Gonzalo de Berceo, maneja documentación del cenobio emilianense, echa mano de análisis arqueológicos tanto de tiempos pasados como de épocas más recientes y, por descontado, lo hace también con los restos arquitectónicos y de arte mueble de los varios Susos que él logra distinguir hasta llegar al Yuso en donde los monjes ya han adoptado la regla benedictina y visten según era preceptivo en las casas nursianas de aquella época, hasta el punto de que Bango considera que la imagen del abad Pedro del arca de San Millán, de la que el propio autor ha escrito una monografía, es la primera representación hispana del escapulario benedictino.

No cabe duda de que estamos ante una importante contribución para un mejor conocimiento de un tema complejo y que todavía plantea serias dificultades para su estudio. Entre los temas que no han sido tratados, o lo han sido escasamente y que, quizá, hubiesen contribuido a ofrecer una perspectiva más global del mismo, podrían señalarse, entre otros: la relación de los eremitas con los movimientos de renovación eclesiástica a partir del siglo XI, su vínculo con corrientes de protesta social, la epigrafía supuestamente relacionada con el mundo de los religiosos solitarios o una cartografía de los territorios en los que documental y realmente podemos hablar de fenómenos anacoréticos.

José Miguel Andrade Cernadas  
Universidad de Santiago de Compostela